

su perfecto conocimiento de los recursos de un instrumento del que era, por añadidura, buen ejecutante, su asimilación de la tradición sonatística centroeuropea y del pianismo ruso (con Scriabin como especial e inevitable referencia) y, por fin, una personalidad vigorosa que había enfocado la carrera de compositor con gran carga de cosas propias que decir. Entre la quinta y la *Sexta* sonatas transcurrieron nada menos que dieciseis años, aquellos en los que Prokofiev alcanzó su plena madurez humana y artística, sellada ésta con obras tan significativas como los ballets *El hijo pródigo* y *Romeo y Julieta*, la música para la película *Alexander Nevsky* de Eisenstein, las *Sinfonías 3 y 4*, los *Conciertos para piano y orquesta 4 y 5* y el segundo *Concierto para violín y orquesta*, el que se estrenó en el Monumental Cinema de Madrid, en los conciertos de Arbós y la Sinfónica.

La *Sonata núm. 6, opus 82* fue compuesta básicamente en 1939, aunque su fecha de terminación es la del 11 de febrero de 1940. Después de unos años viajero por el mundo occidental, Prokofiev había decidido establecerse de nuevo en la Unión Soviética en 1936 y, al componer esta *Sexta Sonata* ya pesaba sobre él la prohibición de salir del país. El mismo Prokofiev la dio a conocer el 8 de abril, interpretándola en la Radio, y el 26 de noviembre del mismo año la estrenaría en concierto público, en Moscú, el gran pianista Sviatoslav Richter, quien contaba entonces 25 años de edad.

El primer movimiento es un *Allegro moderato* cuyo arranque retrata al más puro Prokofiev: música vigorosa, ruda, de quebrado perfil y alto contenido energético; un segundo tema, muy calmado y ensoñado, traerá fortísimo contraste al curso sonatístico. Sigue un movimiento con la funcionalidad del scherzo en la sonata tradicional y que es la página más breve de la obra: un *Allegretto* de carácter ligero, música casi etérea en su inicio, expuesta a base de cortísimos acordes de los que se “estiran” atractivos temas melódicos que se disuelven en el registro agudo del piano. Como movimiento

lento actúa un singular vals —*Tempo di valzer lentissimo*, dice la partitura con mezcolanza de idiomas—, muy expresivo y nada alegre, más bien todo lo contrario. El *Vivace* final, de extremado virtuosismo, cierra la obra con brillantez, pero, acorde con la sustancia expresiva de que venimos, no es un movimiento especialmente risueño o triunfalista.

José Luis GARCÍA DEL BUSTO